

ta de Poton-Chan, quisiera vengar Cortés el desbarato de Hernández de Córdoba, desistiendo de semejante designio por las observaciones de Anton de Alaminos, acerca de ser la costa peligrosa. De isla Mujeres había salido en un bergantin el capitán Escobar, con orden de reconocer la Boca de Términos; al llegar ahí la armada no le encontraron, si bien dieron á poco con él, ofreciendo el barco la particularidad de ir colgados de las jarcias muchos pellejos de liebres y conejos: contó Escobar, que al tomar tierra había salido á su encuentro la lebreja, dejada por Grijalva, haciéndole muchas caricias, yendo y viniendo con presa de aquellos animales, cuyas pieles estaban tendidas para secar, despues de haber reducido las carnes á cecina. De Boca de Términos siguió adelante la armada, llegando al rio Tabasco ó Grijalva el veintidos de Marzo. (1)

Como en su lugar vimos, Grijalva fué recibido de paz en aquella comarca, realizando un rescate de cuantía; por esto sin duda quiso Cortés detenerse en el mismo sitio, esperando en sacar provecho. Las cosas habían cambiado. Despues de ido Grijalva, los guerreros mayas orgullosos por haber derrotado á Hernández de Córdoba, se burlaron del señor de Tabasco, apodándole de cobarde por no haber combatido á los hombres blancos; afrentados el jefe y sus guerreros prometieron defenderse cuando la ocasion llegara. El rio no consentía la entrada de las grandes naos, así que, al acercarse la armada surgieron en la mar las mayores naves, y con las pequeñas y los bateles se desembarcó la gente en la Punta de los Palmares, lugar reconocido en la expedicion anterior de Grijalva, distante cosa de media legua del pueblo de Tabasco, situado á la márgen del rio. Contra lo que se esperaba, el pueblo estaba fortalecido y lleno de gue-

(1) Bernal Díaz, cap. XXXI, pone doce de Marzo, lo cual es imposible, acaso haya un error de número en que se puso 12 en lugar de 22. La rectificación se saca del mismo Bernal Díaz, cap. XXXII, al asegurar que la batalla de Ceutla tuvo lugar el día de Nuestra Señora de Marzo, dicho que repite en el siguiente capítulo. Pues bien, el día de la Anunciación cayó en viernes veinticinco de Marzo. En recuerdo de esta jornada, fundó en aquel lugar, el adelantado D. Francisco de Montejo, padre, la villa de Santa María de la Victoria, y cada veinticinco de Marzo sacaban los castellanos el pendon real y la imagen de la Virgen de la Victoria ó Conquistadora, la cual, segun decían, era la misma dejada á los indios por Cortés. Cuando la villa fué trasladada á la ciudad de San Juan Bautista, capital despues del Estado de Tabasco, continuó la misma costumbre y siempre en memoria de la batalla de Ceutla. Actualmente se venera aquella histórica imagen, retocada en 1860, en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Esquipulas.

rreros, recorriendo la corriente muchas canoas con hombres armados en son de guerra; Aguilar el intérprete habló á unos que parecían jefes y pasaban cerca por el agua; mas éstos despreciaron las palabras, mostrándose muy bravos. Cortés hizo artillar los bateles, dispuso el real y cerrada la noche envió tres castellanos á descubrir una vereda que de ahí conducía al pueblo. (1)

Sin pretenderlo, el general se encontró metido en una inesperada empresa, dejarla sin concluir fuera peligroso, pues emprendida la retirada se achacaría á miedo, cundiría la voz entre las tribus y seguiríase detrimento al nombre castellano. Al día siguiente, miércoles 23 de Marzo, vinieron algunos indios en canoas, trayendo pocos bastimentos é insistiendo en que los blancos dejaran la tierra, se les leyó el requerimiento para que como vasallos del rey de España diesen la obediencia, á lo cual no hicieron caso. Cortés dió entonces acertadas disposiciones para asaltar el pueblo. Envió por la vereda reconocida durante la noche, al capitán Alonso de Ávila con doscientos infantes y diez ballesteros, previniéndole nada intentara antes de oír el ruido de la artillería; él con el resto de la fuerza tomó los bateles y bergantines, y remontando el rio fué á colocarse delante de la poblacion. Como los indios se mostraban dispuestos á pelear, Cortés mandó al escribano Diego de Godoy, leyera de nuevo el requerimiento, dándole testimonio de la resistencia de aquellos hombres. Los naturales por su parte, se apellidaron tocando sus atambores y coracoles, á cuyo sonido acudieron muchas canoas, en su lengua llamadas *tahucup*, llenas de guerreros.

La artillería barrió las débiles embarcaciones de los indios que delante se presentaron, los bateles se acercaron á tierra; pero como la orilla estaba valientemente defendida, los castellanos tuvieron que arrojar al agua; llevarla hasta la cintura y ser fangoso el fondo, fueron obstáculos que no pudieron ser vencidos de pronto, recibiendo entretanto algun daño. Alentados por Cortés, quien perdió el calzado de uno de los pies en el lodo, al grito de Santiago, (2) los asaltantes pudieron llegar á tierra, desalojando no sin pena á los beli-

(1) Bernal Díaz, cap. XXXI.

(2) El grito de guerra de los conquistadores era, ¡Santiago! ¡Cierra España! voces admitidas, ya para comenzar el combate, ya para cargar al enemigo ó común icar ímpetu en la pelea. Tal es el sentido de la frase usada en nuestros escritores antiguos de, *dar el Santiago*, es decir, dar la voz de acometer.



Como los indios; rehiciéronse éstos poco más adelante y si bien pelearon con brío, desbaratados de nuevo, fueron á abrigarse dentro de las albarradas del pueblo. Desde ahí defendían la aproximación al muro á flechazos y pedradas, y cuando más cerca tuvieron á los contrarios, con picas y varas; habiendo penetrado los castellanos por un portillo, hicieron rostro en las calles y en donde se podían fortalecer, sin cesar de combatir. A esta sazón llegó Alonso de Ávila con sus peones, detenido en la marcha por haber tenido que franquear algunas ciénagas, cayó sobre la retaguardia de los indios, quienes abandonaron la población, siendo perseguidos por un trecho: "y ciertamente que como buenos guerreros, iban tirando buenas rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas, hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y casas grandes, y tenía tres casas de ídolos, é ya habían llevado todo cuanto ható había en aquel patio." (2) Cesado el alcance, en aquel patio tomó Cortés posesión de la tierra en nombre de los monarcas castellanos, dando tres cuchilladas á una gran ceiba que ahí había, diciendo á voces que aquella posesión defendería, con espada y rodela, contra quien quiera que se opusiese; aprobaron el acto los soldados, ofreciendo sostenerlo con sus personas y armas, pidiendo al escribano así lo diera por testimonio.

Para correr la tierra y procurarse víveres, el día siguiente, 24 de Marzo, salieron al campo Francisco de Lugo con cien hombres, entre ellos doce escopeteros y ballesteros, y Pedro de Alvarado con otros ciento, y quince armados de ballestas y escopetas: á este capitán debía acompañar el indio intérprete Melchorejo, mas buscado que fué no pudo ser hallado: supose entonces que el día anterior había dejado colgados los vestidos á las ramas de un árbol en la Punta de Palmares, metiéndose en una canoa y huyendo para los de Tabasco. Apartado Lugo obra de una legua del pueblo en que estaba el real, encontró con los guerreros indios, quienes le acometieron con furor y tan terrible ímpetu, que á pesar de los estragos que sufrieron por el cortar de las espadas y las armas de fuego, lograron detenerle; y no obstante los esfuerzos de los castellanos, Lugo tuvo que emprender la retirada en buen orden, dando cuenta al general y pidiéndole socorro por medio de un indio de Cuba, muy suelto co-

(2) Bernal Díaz, cap. XXXI.

redor. Alvarado, detenido en su marcha por unos fangales, escuchando los tiros de las escopetas, se dirigió sobre el campo de batalla en auxilio de Lugo; su presencia restableció el combate, pudiendo rechazar de pronto á los indios; mas éstos tornaron con el ardor primero, forzando á los castellanos á emprender la retirada. Por fortuna llegó Cortés con un refuerzo á salvarles, "y si no fuera fecho de presto saber al capitán para que los socorriese, como los socorrió, creese que mataran más de la mitad de los cristianos; y así nos venimos y retrajimos todo á nuestro real, y fueron curados los heridos, y descansaron los que habían peleado." (1)

En la escaramuza cogieron tres naturales, al uno de ellos que parecía principal dieron regalos, encargándole fuera á los suyos á proponer la paz; soltóronle, mas nunca volvió. De los otros dos se inquirió por Aguilar, que Melchor se había refugiado entre ellos, aconsejándoles combatesen á los blancos día y noche, por ser pocos y estar sujetos á la muerte como los demás hombres; dijeron además, que al día siguiente vendrían los guerreros con todo su poder sobre el real para destruir á los blancos. (2) En virtud de estas noticias, Cortés hizo llevar los heridos á las naves, se desembarcaron trece caballos y alguna artillería, aparejóse toda la gente de pelea y tomó cuantas providencias le parecieron acertadas para la próxima batalla. (3)

Al siguiente 25 de Marzo, día de Nuestra Señora, el ejército se armó desde bien temprano, oyó misa y puso en orden para salir al encuentro del enemigo. Los jinetes escogidos para formar la caballería, fueron Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Puertocarrero, Juan de Escalante, Francisco de Montijo, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de Leon, Francisco de Morla, Lares el buen jinete, Moron el de Bayamo, Pedro González de Trujillo y Gonzalo Dominguez, doce en total, tomados de los hombres mejor armados y diestros, cuyo mando tomó Cortés en persona; á los trece caballos se pusieron pretales de cascabeles, comunicando orden á los caballeros, que para cargar sobre la multitud llevaran las lanzas terciadas, á la altura del rostro de los indios, sin detenerse á alcanzar hasta después de desbaratarlos. Mesa iba encargado de la arti-

(1) Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 15—16.

(2) Bernal Díaz, cap. XXXII.

(3) Bernal Díaz, cap. XXXIII.



llería; mandaba los peones Diego de Ordaz, divididos en tres capitánías de cien hombres cada una, con el alférez Antonio de Villarroel, sostenidas por otra capitánía de cien hombres que servía de reserva ó retaguardia. (1)

Larga una legua mas allá del pueblo que entonces servía de real á los castellanos, se alzaba otra poblacion conocida con el nombre de Ceutla, el terreno intermedio, en donde había tenido lugar la escaramuza del dia anterior, era una llanura unida en parte, cortada en lo demas por acequias ó canales de riego, pues era un campo labrado y barbechado. Cuando los españoles llegaron al lugar, encontraron á los indios que venían á su encuentro; era una multitud inmensa compuesta de guerreros de filiacion maya y zoque, apellidados de las provincias de aquella demarcacion; traían grandes penachos en la cabeza, pintado el rostro de rojo con almagre, blanco y negro; armas defensivas de algodón colchado; arco y flechas, hondas, lanzas y una espada semejante al *macuahuitl* mexicana; llevaban por música militar atambores y trompetas á su usanza. (2) Hecho el requerimiento, que los indios no atendieron, mayas y zoques como más sueltos y lijeros para saltar las acequias y andar sobre el desigual terreno, atacaron denodadamente la vanguardia de los blancos, logrando detenerla y aun ponerla en apuro; socorrida por la retaguardia se estableció el combate, sintiendo los guerreros el cortar de las espadas de muy cerca, se apartaron un tanto para hacer uso de sus armas arrojadizas, mas ahí sentían el estrago de las escopetas y de la artillería. Al notar el efecto de las pelotas daban grandes gritos y silvos, tañían sus trompetas, arrojaban al aire tierra y pajas, y daban voces diciendo: *Alalala*. (3) todo con objeto de encubrir el daño que recibían. Con el movimiento que hicieron zoques y mayas perdieron terreno; cargaron reciamente sobre ellos los castellanos, logrando rechazarlos, y arrojándolos hácia la parte de la

(1) Bernal Díaz, cap. XXXIII.—Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 16.

(2) El total del ejército maya-zoque fija la carta del Regimiento de la Villa Rica en 40,000 hombres, mientras Tapia en su relacion la eleva á 48,000. Pensamos que estos números y todos los de su clase, no se deben tomar sino como la expresion de la idea de muchedumbre, de gran multitud. Todos los pueblos, en todos los tiempos, aumentan las fuerzas del enemigo, para enaltecer sus propios hechos.

(3) Arrojaban grandes gritos con la boca abierta, sosteniendo largamente una pronunciaci6n semejante á la de la *a*, tapando y destapando alternativamente la boca con la palma de la mano; de aquí el sonido de *Alalala*.

llanura unida. Los no ménos denodados guerreros volvieron á la acometida, envolvieron completamente á los blancos teniendo éstos que pelear espalda con espalda: aunque habían perdido pocos de sus hombres, contaban hasta setenta heridos, hallándose en trance en que apenas podían sostenerse. Durante este tiempo la caballería no se había presentado, Cortés con las gentes se había emboscado en una arboleda, y acometido á su turno por una partida de guerreros y detenido por una ciénaga, no se había desembarazado de los obstáculos sin haber tenido cinco caballeros y ocho caballos heridos. De improviso apareció la caballería sobre la retaguardia de los indios; el caballo con sus rápidos y desembarazados movimientos, produciendo un ruido extraño con su pretal de cascabeles, llevando encima el jinete vestido de lucientes armas, era espectáculo por primera vez visto de aquellos guerreros á quienes se les antojó que animal y hombre eran una sola pieza; (1) sobrecogidos por el prodigio, más de pasmo que de miedo, aflojaron en el combatir: aprovechando el estupor, los caballeros atropellaron los escuadrones mayas y zoques desbaratándolos y poniéndolos en dispersion; desembarazada la infantería rehizo su formacion y completó la derrota, persiguiendo por gran trecho á los fugitivos que fueron á guarecerse en los montes. La batalla tomó el nombre de Ceutla, y bien récia y apurada debió de ser, pues los castellanos pusieron su salvacion á cuenta de un prodigio. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XXXIV.

(2) Gomara, Cr6n. cap. XX, escribe: "No pocas gracias dieron nuestros españoles, cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios conque habían peleado, á Nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar, y todos dijeron, que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, segun arriba queda dicho, y que era Santiago, nuestro patron; Fernando Cortés mas queria que fuese San Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció, porque no solamente le vieron los españoles, mas tambien los indios lo notaron, por el estrago que en ellos hacia cada vez que arremetía á su escuadron, y porque les parecia que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto."—Tapia narra en su relacion, lo del aparecimiento por tres veces del caballero en el caballo rucio picado, pág. 559—60—Con su rústica y hermosa franqueza nos dice Bernal Díaz, cap. XXXIV, "y pudiera ser que los que dice el Gomara, fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verlos; lo que yo entonces ví y conocí fue á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya



Huidos los naturales, retrajéronse los vencidos debajo de unos árboles, descabalgaron los jinetes, y juntos dieron "muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos había dado aquella victoria tan cumplida."—"Y esto pasado apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de indio de los nuestros que abrimos para sacalle el unto, é fuimos á ver los muertos, que había por el campo, y eran más de ochocientos, é todos los más de estas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, é muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de á caballo había buen recaudo de ellos muertos é otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes; y como era tarde y hartos de pelear, é no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas é por el oído, y quemamos las heridas á los demas é á los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos." (1)

Los dos jefes primeros fueron puestos en libertad; les regalaron cuentas verdes y azules, dándoles á entender por voz de Aguilar hablaran con los caciques de la comarca convidándoles con la paz, pues de la pasada guerra ellos tenían la culpa por haberla emprendido. Presentarónse en efecto hasta quince mensajeros, que por traer los rostros pintados y las ropas ruines, se daban á conocer por esclavos, trayendo gallinas y pescado asado, con un poco de pan de maíz; aunque Cortés les recibió con halago y aun les regaló de las cuentas de vidrio, despidiólos diciéndoles, que si sus señores querían paz viniesen en persona á tratar de ella, no queriendo tener pláticas con los esclavos. Al día siguiente volvieron hasta treinta principales, trayendo un presente de gallinas, pescado, fruta y pan de maíz, pidiendo

que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa &c.

(1) Bernal Diaz, cap. XXXIV.

do licencia para enterrar y quemar sus muertos, ofreciendo que al día siguiente vendrían á concertar las paces los señores de los pueblos: otorgada la licencia, acudieron por los campos con mucha gente para enterrar ó quemar los cadáveres segun la usansa de las tribus. (1)

Con la certeza de que los indios vendrían al día siguiente, Cortés para engañarlos, haciéndolos entender que caballos y lombardas hacían por sí mismos la guerra, mandó traer á su aposento la yegua de Juan Sedeño, y luego el caballo de Ortiz el músico que era muy ríjose, para que tomara el olor de ella, haciéndolos en seguida separar y poner donde no los vieran ni oyeran relinchar los naturales: despues igualmente, tener preparada una lombarda bien cargada y cebada. En efecto, los principales llegaron hácia el medio día, hicieron sus cortesías de estilo, zahumaron á cuantos estaban presentes, y entrando en la negociacion pidieron perdon por lo pasado, ofreciendo para lo futuro ser amigos. Cortés contestó por medio de Aguilar, dándose por enojado, que ellos eran culpables de la pasada guerra, por lo cual merecían la muerte; caso de que se conservasen en paz, el rey de Castilla mandaba favorecerlos y ayudarles; pero si faltaban á la fé prometida, él soltaría algunos de los *tepuztle* que tenía para hacerles mal, pues algunos de ellos estaban aún enojados por la guerra pasada. En aquel punto dieron fuego á la lombarda; el inesperado tronido, el zumbiar de la pelota y el estrago que en el monte hacía, llenaron de terror á los embajadores, á quienes sosegó Cortés, diciéndoles no tuvieran miedo, pues él había mandado no les hiciesen daño. Trajeron entónces el caballo, amarrándole no lejos de Cortés; con el olor de la yegua el bruto pateaba, relinchaba, hacía bramuras y parecía que miraba con ojos encendidos á los indios, quienes tomaban aquellas demostraciones como dirigidas contra ellos; Cortés se levantó de la silla, tomó el caballo por el freno, é indicó á Aguilar hiciera creer á los embajadores que había apaciguado al animal para que no les causara daño: dos mozos de espuelas, sacaron al caballo donde no fuera visto por los indios. A esta sazón llegaron treinta tamenes con algun presente, terminando la plática por ofrecer que al día siguiente vendrían los caciques á nuevo concierto. (2)

(1) Bernal Diaz, cap. XXXV.

(2) Bernal Diaz, cap. XXXV.